



Azagra. Deseaba por la fortaleza del lugar y por estar á las rivas de Aragón y Castilla. En su consueño de hacer cortes en ambas partes y asía llevarse muchos despojos, más que recibía de su padre y prolección á todos aquellos que de los reinos acordaban á los reinos que habiesen conuenido. Particularmente D. Lope Diaz de Haro se por tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad por estar muy mal con D. Sancho. Deseaba por la fortaleza del lugar y por estar á las rivas de Aragón y Castilla. En su consueño de hacer cortes en ambas partes y asía llevarse muchos despojos, más que recibía de su padre y prolección á todos aquellos que de los reinos acordaban á los reinos que habiesen conuenido. Particularmente D. Lope Diaz de Haro se por tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad por estar muy mal con D. Sancho.

CAPÍTULO XIII.

El rey D. Alonso hace batir moneda de baja ley, y con el mismo valor que ántes, y se hace odioso á sus vasallos.—Trata con el rey Philipo de Francia el modo de poner en libertad á sus nietos.—D. Sancho irritado con estos tratos hace confederacion con el rey de Granada.—Don Dionisio, rey de Portugal, casa con doña Isabel, infanta de Aragon.—D. Alonso junta córtes en Toledo para sosegar la voluntad de su hijo y de la gente principal.—Junta córtes en Sevilla para reformar el gobierno.—Rogerio de Lauria, general de la escuadra aragonesa, derrota la de los franceses junto á Malta, y despues la de Carlos, llamado el Cojo.—Los aragoneses toman muchas plazas en Italia.—El rey de Aragon pone sitio á Albarracin, y se apodera de la ciudad.—Genealogia de los Azagras, señores de Albarracin.

Las vehementes sospechas que entre D. Sancho y su padre el rey D. Alonso se despertaron, de pequeños principios, poco á poco, como acontece, vinieron á parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey D. Alonso verse á causa de su vejez poco estimado de muchos: dábale pena el deseo que sentia en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir á este daño tan grande y ganar reputacion entre los suyos, con gente de guerra que juntó, se determinó hacer una nueva entrada en tierra de moros, con que les robó y taló la campaña, y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha y el cuerpo tenía quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa más le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hallar algun medio para recogerlo. Parecióle que el camino más fácil sería batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo or-

estas daban en recomendar la villa de Bañoz. Este fue lo que se hizo en publico; de acuerdo se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra, y se consiguieron en del; señalaban otros la parte que á cada qual habia de pertenecer, acordada la compañía, para descompartir á D. Sancho que los infantes señalasen en el castillo de Bañoz á buen recaudo. En su cual, despues de la junta en Bañoz, donde fue con los dos reyes para no haber al rey de Aragon y ganalle más le voluntad, se acordó muy de cosas que como se acordó en la junta de Bañoz, se acordó para que se incorporase en la corona de Aragon, y para descompartir la parte de Castilla á D. Alonso.

dinario y más baja de ley, y que tuviese el mismo valor que la de ántes: mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad extrema. Resultó, pues, desta traza un nuevo daño, es á saber, que se encendió más el odio que públicamente los pueblos tenían concebido contra el rey, mayormente que se decia por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenía tanta cuenta con la justicia como con las riquezas que las partes tenían, y que á muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponia, cosa que no se puede excusar con ningun género de necesidad, y con ninguna cosa se ganan más las voluntades de los vasallos para con su príncipe que con una entereza é igualdad en hacer á todos justicia. Envió por embajador á Francia á Fredulo, obispo de Oviedo, frances que era de nacion. Echaron fama que para visitar al rey Philipo,



y por su medio alcanzar del sumo pontifice la indulgencia de la cruzada para los que fuesen á la guerra de los moros, el principal intento era comunicar y tratar con él la manera cómo pondrian en libertad á sus nietos, fuese por la compasion que tenía de aquella inocente edad, y por la aficion que tenía á los infantes como á sus nietos, ó lo que yo más creo, por el aborrecimiento que habia cobrado á D. Sancho su hijo, por cuyo miedo los años pasados más que por su voluntad los privó de la sucesion del reino. No se le encubrieron á D. Sancho las pretensiones de su padre, como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse, en particular para ayudarse del socorro de los moros se partió para Córdoba; allí asentó confederacion con el rey de Granada, y para ganalle más le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco ántes pretendió el moro del rey D. Alonso y él no lo quiso aceptar. Demas desto por negociacion del infante D. Juan, que ya era del bando del infante D. Sancho, su hermano, los grandes de Castilla y de Leon, que muy de atras andaban desabridos por la severidad del rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante D. Fadrique atizaba más estos desabrimientos.

Tratábanse estas cosas al principio del año de mil y doscientos y ochenta y dos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año, por el mes de Agosto, en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio, rey de Portugal, y Doña Isabel, hija mayor del rey de Aragon. Esta es aquella reina Doña Isabel, que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este rey, sin tener respeto á su abuelo, atraído con la destreza y mañas de D. Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado, sea por algun enojo que tenía con su abuelo, sea por tener por esta via esperanza de mejor partido y remuneracion. El rey D. Alonso miraba poco las cosas por venir, así por su larga edad, como por la comun tacha de nuestra naturaleza, que en sus propios negocios

cada cual es ménos prudente que en los ajenos; estorba el miedo, la codicia y el amor propio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar á córtes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal, sin poner mano á las armas. Por seguir el camino más blando, que era apaciguallos amigablemente, ni se apercebíó como era menester, ni usó de bastante recato.

D. Sancho, por otra parte, confiado en el favor y ayuda de la nobleza, y por estorbar la traza y ardid de su padre, llamó asimismo á córtes para Valladolid; acudió á su llamado mucha más gente que á Toledo. Tenia deseo de dejar sucesion: casó con doña Maria, hija de D. Alonso, señor de Molina, que era su parienta en tercer grado. Deste matrimonio le nacieron D. Fernando su primogénito y otros hijos. En aquellas córtes, todo lo que se hizo fué conforme al parecer de los grandes que allí se juntaron, porque D. Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron á pedir así en pro de cada cual dellos, como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante; camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hicieronse nuevas leyes: cuanto cada uno tenía de fuerzas y autoridad, tanta mano metia en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas, y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposicion de los corazones en aquella sazón, que hazaña tan grande como quitar el cetro á su rey, unos se atreviesen á intentalla, muchos la desearan, y casi todos la sufriesen; sin faltar quien en medio del aplauso y vocería llamase rey á D. Sancho, y le diese nombre de padre de la patria con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo desechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriria le quitasen el nombre y honra de rey, ora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido, pues en efecto todo lo mandaba, ó por encender más las voluntades del pueblo con entretenellos.

Pasó el negocio tan adelante, que sin em-



bargo, el infante D. Manuel, tío de D. Sancho, en nombre suyo y de los grandes, por sentencia pública que se pronunció en las cortes, privó al rey D. Alonso de la corona. Castigo del cielo sin duda, merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad, á reprimir y poner tacha en las obras de la divina Providencia, y en la fábrica y compostura del cuerpo humano: tal es la fama y voz del vulgo desde tiempo antiguo continuada de padres á hijos. Este atrevimiento castigó Dios con tratalle desta manera: reves que dicen él habia alcanzado por el arte de astrología en que era muy ejercitado, si arte se puede llamar, y no ántes engaño y burla que siempre será reprendida, y siempre tendrá valedores. Añaden que deste conocimiento procedieron sospechas, y que con el miedo se hizo cruel; de que resultó el odio que le tenían, y del odio procedió su perdición y caída. Las bodas del infante D. Sancho se celebraron en Toledo; el aparato no fué muy grande por estar en víspera de la guerra civil todo revuelto.

El rey D. Alonso, reducido á estos términos, por verse desamparado de los suyos, acudió á pedir socorro y dineros prestados al rey de Marruecos: envióle en prendas su real corona, que era de gran valor. Alonso de Guzman, señor de Sanlúcar, por desabrimientos que tuvo con el rey D. Alonso, residia á la sazón en Marruecos: la causa en particular no se sabe, lo cierto es que era estimado en mucho de aquel rey moro, y que le hizo capitán de sus gentes. Hoy día se muestra una carta del rey D. Alonso para él, muy humilde por el aprieto en que se hallaba, que fué la mayor miseria, estar forzado á rogar y humillarse á su mismo vasallo que le tenía ofendido.

Por la carta le ruega se acuerde de la amistad antigua que entre ellos habia, y de su nobleza: ponga en olvido los disgustos y cosas pasadas, y le favorezca en aquel aprieto: sea parte para que se le envíen dineros y gente de guerra, pues puede y alcanza tanto como el rey moro. Prométele que tendrá perpétua memoria deste beneficio y servicio, y que en efecto podrá esperar de su benignidad cualquier cosa

por grande y dificultosa que sea, que corresponderá en todo á su deseo.

El rey bárbaro, lleno de esperanzas, y por parecelle se le ofrecia buena ocasion de mejorar su partido á causa de las discordias de Castilla, hizo áun más de lo que se le pedia. Con acuerdo del rey D. Alonso pasó en Algecira, y en Zahara villa del reino de Granada se vió con él. Usaron entre los dos de grandes comedimientos y cortesías. Diósele al rey D. Alonso más alto lugar y silla: honra que se le hizo por ser huésped, y porque el de Marruecos ganó el reino que tenía. D. Alonso procedia de casta de reyes, y desde su niñez fué criado como quien habia de ser rey; por tanto era mayor en dignidad: que fueron todas razones del mismo bárbaro. Tratóse en esta habla de la forma que se debia tener en hacer la guerra, pues la esperanza de hacer y asentar paces con su hijo era ninguna, aunque desto tambien se movió plática. De las ciudades de la Andalucía, Sevilla se tenía por el rey D. Alonso, Córdoba por don Sancho su hijo. Los moros tomaron á su cargo de cercar aquella ciudad, como lo hicieron, despues de talar y robar los campos comarcanos. Acudió el rey D. Alonso desde Sevilla al cerco con la gente de guerra que allí pudo ayuntar. Córdoba se defendió valerosamente por el esfuerzo de los ciudadanos y la buena diligencia de D. Sancho, que se previno con presteza contra la venida de los enemigos. Así el rey moro á los veinte días que puso el cerco, le alzó: para la priesa que traia, cualquier dilacion le era pesada. Todavía con voluntad del rey don Alonso pasó por Sierra-Morena, y llegó hasta Montiel: hizo gran daño en toda aquella tierra, y grandes despojos con que se volvió á Écija. Este fué el fruto de la discordia civil y no otro.

Acudió allí el rey D. Alonso; pero luégo se retiró secretamente y se fué á Sevilla, de donde era venido por aviso que le dieron que el rey moro trataba de le prender: si fué verdad ó mentira, no se sabe. Lo que consta es que el moro mostró gran sentimiento y pesar de que en su lealtad se pusiese duda, en tanto grado que dejada España se pasó en África; restituyó empero á D. Alonso mil caballos escogidos



que con su licencia tiraban sueldo del rey moro, que fué señal de no ir de todo punto desabrido. Era caudillo desta gente Hernan Ponce: cuéntase, que como junto á Córdoba se encontrasen con diez mil caballos de los enemigos, fué tan brava la carga que les dieron, que los rompieron y pusieron en huida: tan grande era su valor y esfuerzo, tan señalada su destreza, conocida y aprobada en muchas guerras. En Sevilla el rey D. Alonso en una solemne junta que tuvo, privó á su hijo D. Sancho de la sucesion del reino con palabras muy sentidas y graves, y mil denuestos, y maldiciones que descargó sobre su cabeza, como se puede pensar de padre tan ofendido. Pasó esto á ocho días del mes de Noviembre. El infante D. Sancho hacia poco caso de aquellas maldiciones y saña: renovó la confederacion con el rey de Granada, y en la comarca de Córdoba, donde estaba, se apercebía para todo lo que pudiese suceder: la gente de guerra para que invernasen, repartió por aquellos lugares.

Este año fué notable, no solamente por el desafuero que hicieron al rey D. Alonso, y las discordias de Castilla, sino mucho más por la conjuracion muy famosa de Juan Prochita. Éste fué señor de la isla de Prochita, que cae junto á Sicilia, varón de grande ingenio, y que fué muy estimado y grande amigo del rey Manfredo: los años pasados, por no ser maltratado de los franceses, que entónces tenían el mando y buscaban todas las ocasiones de descomponer la gente poderosa, se recogió á Aragon. Los reyes de Aragon, D. Jaime y D. Pedro, holgaron de su venida, por ser persona de tanto valor, por medio del cual podrian cobrar los reinos de Sicilia y Nápoles, que pretendian contra derecho les quitaron. No sólo le recogieron con mucha alegría y muestras de amor, sino le heredaron de grandes posesiones con que pudiese sustentar su vida; particularmente le dió el rey D. Pedro en tierra de Valencia á Luxen, y á Benizan, y á Palma. Los gibelinos, oprimidos por el mando que los franceses tenían en toda Italia, gente feroz y soberbia (así lo publicaban ellos), comenzaron á volver los ojos á los aragoneses, ca tenían esperanza que con su ayuda podrian desechar aquel pesadísimo yugo é im-

perio. Vió Italia en aquella sazón (lo que en e más misero cautiverio se puede esperar), que les vedasen el poder hablar libremente; señorío insufrible y que se extendia hasta Roma, donde el rey de Nápoles, puesto allí un su vicario ó teniente, tenía el gobierno de todo con nombre de senador.

Nicolao, pontífice romano, procuraba con todas véras librar á Roma de aquella sujecion. Para esto, lo primero que hizo fué declarar por un edicto ó bula, que ninguno en Roma pudiese ser senador más que por un año; quitó otrosí la facultad á los reyes y á sus parientes de poder tener y ejercitar aquel gobierno ó magistrado. Á Carlos, rey de Sicilia, le privó del nombre y autoridad de vicario, nombre de que usaba en Italia como lugarteniente de los emperadores, con color que ésta era la voluntad del emperador Rodulfo. Todo esto, aunque iba encaminado á enflaquecer las fuerzas del rey Carlos, pero como era conforme á razon lo que se ordenaba, áun no se movian las armas ni se llegaba á rompimiento. Lo que algunos autores defienden ó porfian, que el papa Nicolao tenía determinado hacer de la familia y casa Ursina, de que él descendia, dos reyes en Italia, el uno en Lombardia y el otro en Toscana, para estorbar á los tramontanos la entrada de Italia, la más frecuente fama y casi el comun consentimiento de todos lo condena como falso.

• De cualquier manera que esto sea, Carlos, viudo de la primera mujer, casó con hija del emperador Balduino desposeido: con esto trataba de volver á aquella pretension y ayudar con sus fuerzas á Philipo, su cuñado, para recobrar el imperio de Constantinopla. Procuraba para salir con este intento de hacerse amigo de don Alonso, rey de Castilla. Para más prendalle procuró que le diese su hija Doña Violante para casalla con el emperador Philipo. Estas pretensiones se deshicieron con las artes de los aragoneses, y áun expresamente se estableció en el Campillo, donde como dicho es los reyes se hablaron, que el rey de Castilla no emparentase con franceses. Á Doña Beatriz, hija del rey Manfredo, hermana de Doña Constanza, reina de Aragon, la tenía el rey Carlos presa sin que-rella en manera alguna poner en su libertad,



aunque sobre ello había sido importunado. Esto se juntaba con otras causas y razones de discordias y enojos.

Juan Prochita, con la ocasion destas disensiones y desgustos intentó de cobrar su patria y estado: fué una y segunda vez á Constantinopla en hábito desconocido. Puso al emperador Paleólogo, que ya ántes tenía recelo de sus cosas, en mayor sospecha y cuidado. Avisóle que el rey Carlos de Nápoles, juntadas sus fuerzas con las de Francia, tenía una poderosa armada puesta en órden para ir contra él: que los franceses tenían sus fuerzas enteras: á los griegos enflaquecian los bandos que entre ellos andaban, demas de otras desgracias, de tal tal manera que no podian resistir al poder de aquellos dos reyes. «Los sucesos de las guerras pasadas (dice) os pueden servir de aviso. Séame lícito decir la verdad: en vos no cabe soberbia, y es cosa muy loable y magnífica saberse el hombre gobernar en el enojo y peligro. ¿Por ventura con estaros en vuestra casa entorpecido esperaréis que os acometan con la guerra, y que acrecentados con sus fuerzas y las de vuestros vasallos, que andan desgustados y revueltos (lo que me pone temor decillo), os echen de vuestro estado? Gran carga tenéis sobre los hombros, tal que si no la regís con maña, os oprimirá con su peso: mejor sería que á vuestros enemigos les diésedes en qué entender en sus casas, porque los sicilianos, con la memoria del antiguo gobierno, y por el aborrecimiento que tienen al nuevo, están desgustados, de suerte que más les falta cabeza á quien seguir, que deseo de rebelarse. No cesan de importunar á los reyes de Aragon que les den socorro y se apoderen de toda la isla. Fuera desto, el pontífice romano está muy desgustado con los franceses: si ayudáredes sus pretensiones, sin duda con poco trabajo y costa ahorraréis de grandes tempestades, y revolveréis sobre ellos el daño que contra vos procuran. Finalmente, os persuadid que los franceses jamas os serán amigos. El poder y fuerzas que alcanzan, ¿quién no lo sabe?»

El emperador tenía por cierto era verdad todo lo que Prochita le decia; mas no queria

empeñarse mucho en el negocio, ni del todo declararse. Prometió que él ayudaria las pretensiones del rey de Aragon con dineros, de secreto, porque estas prácticas no se entendiesen. Concertado esto, el Prochita se volvió á Italia: fuése á ver con el papa, que estaba en Roca Soriana junto á Viterbo. Avisóle de todo lo que pasaba, y con tanto dió la vuelta á Sicilia á tratar con los principales de la isla que se rebelasen. Fué el descuido ó seguridad de los franceses tal, y el silencio de los conjurados, que jamas se entendió cosa alguna. Falleció en esta sazón el papa Nicolao: por su muerte fué puesto en su lugar Martin Cuarto, natural de Turon de Francia, que favorecia el partido del rey Carlos, de tal manera, que á contemplacion suya declaró por descomulgado al emperador griego, como á cismático, y que no queria obedecer á la Iglesia romana.

El rey de Aragon envió al nuevo sumo pontífice por su embajador, un varon en aquel tiempo muy señalado y de gran prudencia, llamado Hugo Metaplana, para que procurase entender sus intentos, dado que la voz era para hacer canonizar á Raimundo de Peñafuerte. El pontífice no quiso otorgar con esta demanda: decia que no se debía conceder cosa alguna á quien rehusaba de pagar el tributo que debía á la Iglesia romana; ántes revocó la concesion que de los diezmos eclesiásticos hicieron sus antecesores al rey D. Jaime su padre. Lo que pudiera atemorizar al aragones, le encendió más para aprestar la jornada, porque si se detenia no sucediese alguna cosa que la estorbases: apercibió una grande armada en las costas de Aragon, con voz de pasar en África, en que dos hijos del rey de Túnez, despojado por Conrado Lanza, como arriba se tocó de aquel reino, competian entre sí sobre el señorío de Constantina y Bujía, ciudades que quedaron en poder de su padre. Esta era la fama: el mayor y más verdadero cuidado de acudir á lo de Sicilia. El pontífice envió á saber por sus embajadores la causa de aquel aparato; y como no cesasen de preguntar lo que les era mandado, el rey, encendido en cólera, les respondió: «Quemaria yo mi camisa, si pensase era sabidora de mis puridades.» La misma respues-



ta dió al rey de Francia, que á entrambos tenían puestos en cuidado las cosas del rey Carlos, tanto más que sabian muy bien la enemiga que los aragoneses tenían contra él.

El emperador griego, segun que lo tenía prometido, acudió con buena suma de dinero. La conjuracion de los sicilianos se vino á ejecutar en el más santo tiempo de todo el año (que parecia gran maldad), es á saber, el tercero dia de la Pascua de Resurreccion, que fué á treinta y un dias del mes de Marzo, cuando por todas partes se hacian juegos y alegrías, muestras más de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al són de las campanas despues de comer llamaban los pueblos á visperas, se ejecutó la matanza de los franceses (que bien descuidados estaban) en toda la isla en un momento: de que vino el proverbio de las Visperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenían aprestada contra el emperador griego, ya declarado por enemigo por el papa Nicolao IV. Desta manera pasó este hecho, segun que lo divulgó la fama, y lo dejaron escrito muchos autores.

Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel dia señalado fuese á visitar la iglesia de Sancti Spiritus, que está en Monreal una legua distante, un cierto frances llamado Droqueto quiso con soltura catar á una mujer para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasion el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de franceses sin tener respeto á mujeres, niños ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su saña, que áun las mujeres que entendian estar preñadas de los franceses, porque dellos no quedase rastro alguno las pasaban á cuchillo. La misma ciudad de Palermo fué saqueada como si fuera de enemigos, que el pueblo alborotado no tiene término ni órden; y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sinrazones. Las demas ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los panormitanos acudieron asimismo á las armas; sólo Mecina por algun tiempo estuvo sosegada á causa de hallar-

se presente Herberto Aurelianense, gobernador de toda la isla por los franceses; miedo y respeto que no fué bastante ni duró mucho tiempo, ántes en breve los mecineses á ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnicion de los soldados y al mismo gobernador. Sólo Guillen Porceleto, provenzal de nacion, y que tenía el gobierno de Calatafimia, en lo más recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinion de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algun agravio. Este fué el suceso y la manera de la conjuracion de Juan Prochita, más famosa que loable.

Los sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendian el peligro en que quedaban, y que algunos se comenzaban á arrepentir de lo hecho, todavía determinados de ántes morir que tornar á poder de los franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragon para pedille los ayudase. A ia sazón que esto pasaba en Sicilia, estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba ántes que llegase la nueva de Sicilia, de pasar en África. Hizolo así. Dende robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó á Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia, y que el rey Carlos á gran priesa era partido de Toscana y con gente de guerra que juntara de todas partes tenía puesto sitio sobre Mecina, tan apretado que de muchos años á aquella parte no se dió á ciudad ninguna batería más recia ni más brava. Todos hacian el postrer esfuerzo: los franceses ardian en deseo de vengarse, y con la sangre de los sicilianos pretendian hacer las exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados por entender esto se defendian valerosamente con tanto coraje, que hasta las mujeres, niños y viejos acudian á todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro.

Á esta sazón llegó el rey de Aragon á Palermo: en aquella ciudad se coronó, y fué de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas: acrecentó su armada con las naves que los sicilianos tomaron al principio deste alboroto, y las tenían apercebidas para ir contra los